

y casi invencibles. Al Sur y al Este de este semicírculo, siempre á la orilla derecha del Sena, se hallan Vincennes, su selva, su castillo y las vertientes de Charonne, de Menilmontant y de Montreuil. La columna enemiga, que se presenta por este lado, casi se halla sin comunicacion con la que se presenta por el Nordeste, esto es, en el llano de Saint-Denis, á no ser que tome de antemano la precaucion de apoderarse de la meseta de Romainville. Si esta precaucion se descuida, una fuerza defensiva situada convenientemente en dicha meseta puede caer sobre el flanco de la columna enemiga que llega por Vincennes, ó sobre el de la que, atravesando la llanura de Saint-Denis, se determina á atacar las barreras de la Villette, de Saint-Denis y de Montmartre. Al venir esta columna del Nordeste, por necesidad halla el cerrillo de Saint-Chaumont, las alturas de la Estrella, de Montmartre y de Passy, y si se apoya mucho hácia la Estrella, se expone á ser arrinconada en el bosque de Boulogne y lanzada al Sena, por efecto del recodo que de Saint-Cloud á Saint-Denis forma este río.

Estando cubiertas las alturas de la Estrella, de Montmartre, de Saint-Chaumont, de Romainville, de fuertes reductos y de mucha artillería; barreada la ciudad y defendida por el paisanaje; distribuido el ejército entre las barreras mas amenazadas, si bien reservado, para ocupar, sobre todo, la meseta de Romainville, se podia oponer á la coalicion una resistencia, no invencible, mas si prolongada algunos dias á lo menos, y dar lugar á Napoleon de maniobrar sobre sus espaldas, con lo cual contaba de hecho, no figurándose que la defensa de Paris

se redujera á una jornada, esto es, al número de horas que veinte y cinco mil hombres gastaran en batirse con doscientos mil en campo raso.

Pero ni se habia pensado en hacer tales estudios del terreno, ni en apelar á la poblacion de Paris, porque á nadie cabia discurrir ni obrar, estando Napoleon ausente. Apenas quedaba á los que le sustituan el valor del soldado, cosa que en nuestro pais raras veces falta. Debajo de José, debajo de Clarke, que hubieran debido mandar y no lo hacian de ningun modo, figuraba el general Hulin como gefe de la plaza de Paris, y de la Guardia nacional éralo el mariscal Moncey. Cada uno se ocupaba en lo de su especial incumbencia, sin concertarse con el otro. Brióso el general Hulin y muy adicto, si bien habituado á estar en la inaccion dentro de Paris ya hácia tiempo, se dió prisa á enviar algunos cañones á Montmartre y al cerrillo de Saint-Chaumont. No teniendo la autoridad necesaria para usar de los caballos de los particulares en la conduccion de la artillería de Vincennes, apenas pudo arrastrar hácia las alturas algunas bocas de fuego, situadas en plataformas no concluidas y con municiones insuficientes ó desproporcionadas al calibre de los cañones. Pronto siempre el mariscal Moncey á cumplir su deber, despues de reclamar fusiles para la Guardia nacional en vano, á última hora consiguió que se le entregaran los tres mil disponibles, distribuyólos, y de seguida situó los seis mil guardias nacionales armados del todo, unos detras de las varias empalizadas de las barreras, otros de reserva á fin de enviarlos á los puntos mas amenazados.

Respecto de los mariscales Marmont y Mortier

limitóse el ministro Clarke á señalarles el circuito de París por terreno de combate, sin examinar si era ó no razonable dar delante de la capital una batalla. Al mariscal Marmont fió la derecha de este circuito, por lo cual le tocaba defender al Sur y al Este las alturas, es decir, la avenida de Vincennes, las barreras del Trono y de Charonne, la meseta de Romainville, y además una parte del respaldo de esta meseta hacia el Norte. Al mariscal Mortier fió la izquierda, y así le incumbía defender el terreno desde el canal del Ourcq hasta el Sena, es decir, la llanura de Saint-Denis.

Tras los combates que habian sostenido durante su retirada, no juntaban estos dos mariscales mas de doce mil hombres á lo sumo. Se les agregó el general Compans, que se habia salvado por milagro, y que tenia consigo la division de Jóven Guardia recién organizada en París y la division de Ledru des Essarts sacada de los depósitos. Así contaba alrededor de seis mil bayonetas. Se le puso á las órdenes del mariscal Marmont. El general Ornano, jefe de los depósitos de la Guardia, aun habia sacado otra division de cuatro mil mozos, jamás presentes al fuego, y llegados á París tan solo cuatro dias antes. La tenia el general Michel bajo su mando, y fué puesta á las órdenes del mariscal Mortier. Gracias á este último socorro, las fuerzas activas de los dos mariscales se elevaban á veinte y dos mil hombres. Detrás de ellos, seis mil guardias nacionales, y algunos centenares de veteranos y de alumnos de las escuelas, destinados al servicio de la artillería, aumentaban hasta unos veinte y ocholó veinte y nueve mil los defensores de la capital, y segun se verá, éstos valientes te-

nian por amparo algunos cañones sobre las alturas de Montmartre, de Saint-Chaumont, de Charonne, y algunas empalizadas delante de las barreras.

Llegados los mariscales el 29 por la noche, les vino el tiempo justo para ver al ministro de la Guerra y conferenciar un instante, interin tomaban las tropas un indispensable descanso. Tan grande era la confusión que, á pesar de haber reunido víveres en cantidad suficiente la administración de subsistencias, casi no tuvieron los soldados con qué alimentarse. Solo vivieron de la buena voluntad de los vecinos. Les dejaron los mariscales algunas horas de reposo, para conducirles de seguida al lugar de la pelea.

En el castillo de Bondy se hallaban los soberanos aliados el 29 por la noche, y aproximándose á París por el Nordeste, resolvieron atacar hacia la orilla derecha del Sena, pues, á menos de verse obligado por circunstancias extraordinarias, ningún enemigo pensara en añadir á las dificultades del ataque, las de una operación á la otra parte de este rio, con precision de volverlo á cruzar en caso de derrota. Necesitando, pues, operar, á la orilla derecha del Sena, los generales de la coalición combinaron sus esfuerzos en conformidad á la naturaleza de los lugares. Se decidieron á tres ataques simultáneos; uno al Este, ejecutado por Barclai de Tolly con el cuerpo de Rajeffsky y todas las reservas, cerca de cincuenta mil hombres, siendo su objeto especial apoderarse por Rosny y Pantin de la meseta de Romainville; otro al Sur, para apoyar el precedente, ejecutado por el príncipe real de Wurtemberg con su cuerpo y el de

Giulay, alrededor de treinta mil hombres, á fin de desembocar por entre el bosque de Vincennes sobre las barreras de Charonne y del Trono; y el último al Norte, en la llanura de Saint-Denis, rechazado por Blucher al frente de noventa mil hombres, y particularmente dirigido contra las alturas de Montmartre, de Clichy y de la Estrella. De estas tres columnas, la de Barclai de Tolly era la más avanzada en su marcha. Yendo por el camino de Meaux la de Blucher, y necesitando ganar la calzada de Soissons, se hallaba á mayor distancia de su objeto que las otras, dos el 29 por la noche. Igualmente se encontraba atrás el príncipe de Wurtemberg, despues de seguir á lo largo del Marne ya que de cruzarlo tarde. Se convino en que entrarían en acción unos y otros cuanto antes les fuera posible.

Por nuestra parte, los mariscales Marmont y Mortier, tras de llegar á hora muy avanzada de la noche, y de dormir entre Charenton, Vincennes y la Charonne, debieron ir por el Sur á ocupar las alturas. Marmont trepó las vertientes de Charonne y de Montreuil con sus tropas, á fin de situarse en la meseta de Romainville y su respaldo á la parte del Norte, hasta los Prados de San Gervasio. Aunque tenia que andar Mortier mas camino, subiendo por el bulevar exterior de Charonne á Belleville, y bajando luego á Pantin, la Villete y la Chapelle, al cabo debia ganar la llanura de Saint-Denis, para establecer su derecha en el canal del Ourcq, su izquierda en Clignancourt, á la misma falda de las alturas de Montmartre. Asi necesitaba mucho mas tiempo que Marmont antes de entrar en línea. Afortunadamente se las tenia que haber con Blucher, tambien retrasado, lo cual le aseguraba de

que el enemigo no le podia tomar la delantera.

Fiándose Marmont harto lijeramente en la relación de un oficial, no creyó que la meseta de Romainville estuviese ocupada, y por este motivo no se dió prisa en llegar á ella, y al presentarse ya estaban allí las tropas de Rajeffsky. Con mil doscientos hombres de la division de Lagrange se arrojó sobre las avanzadas enemigas, desalojolas de la meseta, y las arrolló hácia Pantin y Noisy. Al mismo tiempo la division de Ledru des Essarts se situó en el bosque de Romainville, que cubre el flanco de las cumbres á la parte de la llanura de Saint-Denis. Al punto distribuyó Marmont sus tropas del modo siguiente. A su disposicion tenia una de las últimas divisiones sacadas de los depósitos de Paris, á las órdenes del duque de Pádua, sus divisiones antiguas de Lagrange y de Ricard, y la fuerza del general Compans que se le agregó el día antes, y, por último, alguna caballeria bajo los generales Chastel y Bordessoulle. Esta la dejó entre Charonne y Vincennes, para que defendiera á la parte del Sur la falda de las alturas y cubriera la barrera del Trono. A su derecha puso al duque de Pádua, junto al borde extremo de la meseta de Romainville y alrededor de las mas altas cascadas de Bagnolet y de Montreuil, construidas en anfiteatro, por necesitar de sol para sus árboles frutales. Sobre la meseta misma, y al centro, situó á la division de Lagrange, arrimada á las casas de Belleville; á la division de Ricard á la izquierda en el bosque de Romainville; hácia la pendiente del lado del Norte á la division de Ledru des Essarts, del cuerpo de Compans; y, por último, á la division de Boyer de Rebeval en los Prados de San

Gervasio. Interin llegaba el mariscal Mortier, defendia á la grande y pequeña Villette la division de Michel, destinada á su mando.

Si París hubiera dormido, muy temprano le despertaran el fuego de cañon y de fusileria, y tambien de madrugada estableció José su cuartel general en el cerro de Montmartre, acompañándole con los ministros de la Guerra y de Policia, los directores de artilleria y de ingenieros.

A pasar de comprender Barclai de Tolly que tan luego como entraran en línea el príncipe real de Wurtemberg al Sur, y Blucher al Norte, se habia de tornar en ventaja de los aliados el combate, no quiso dejar á los defensores de París el primer triunfo de la jornada. De consiguiente, determinó recuperar la meseta de Romainville, para lo cual hizo uso de una parte de sus reservas. Estas se componian de guardias de á pié y de á caballo y de granaderos reunidos. Con una brigada de la segunda division de ellos, hubo de trepar el general Paskewitch por Bosny la meseta, y de atacarla tambien por el Sur, dirigiéndose allá por Montreuil con la segunda brigada de la division misma, y con la caballeria del conde Pahlen. Al príncipe Eugenio de Wurtemberg se fió la primera division de granaderos, para asaltar en la llanura y á la parte del Norte á Pantin y los Prados de San Gervasio.

Dado con empuje este ataque, tuvo éxito al principio. Tras de allegar el refuerzo de los granaderos el general Mezenzoff, repelido por la mañana, volvió á subir á la meseta á pesar de la division de Lagrange, y ocupóla del nuevo. Hacia la derecha, despues de rebasar la meseta por Mon-

treuil y Bagnolet, la segunda brigada de granaderos, obligó á ciar á la division del duque de Pádua, por haberla rebasado de igual modo. Asi perdimos terreno, bien que nuestros soldados resistieron con desesperada bravura, tanto al número como á la calidad de las tropas de la coalicion mas aguerridas que las nuestras.

No obstante, aun perdiendo terreno contentamos al enemigo. Efectivamente, conducidos á la meseta los coraceros rusos probaron á cargar á nuestra infanteria, y fueron cubiertos de metralla y atajados por nuestras bayonetas. Angostándose la meseta, segun se proseguia la retirada de Romainville á Belleville, se hallaban con la ventaja de reconcentrarse nuestras tropas. A la derecha teniamos el apoyo de las casas de Bagnolet, á la izquierda el del bosque de Romainville, y desplegándose nuestros soldados en guerrillas causaban pérdidas numerosas á los asaltadores. Favorecida nuestra artilleria por el terreno, pues al retroceder hacia Belleville se va elevando la meseta, vomitaba metralla sobre los granaderos rusos, y cada instante los derrivaba por filas. Entretanto, los jóvenes soldados de Ledru des Essarts habian reconquistado árbol por árbol el bosque de Romainville, y rebasado asi á las tropas rusas que ocuparon la meseta á lo largo. A su misma falda, y hacia la parte del Norte, quedó el general Compans por dueño de Pantin con el auxilio de la division de Boyer de Rebeval, y con el de la de Michel de los Prados de San Gervasio, y hasta repelió mas allá de estas dos aldeas al príncipe de Wurtemberg, que trató de tomarlas al frente de la primera division de granaderos.

Situándose al cabo el mariscal Mortier en la llanura de Saint-Denis, estableció las divisiones de Curial y de Charpentier de Joven Guardia en la Villette; la division de Christiani de Vieja Guardia en la Chapelle, y su caballería á la misma falda de Montmartre.

Ya eran las diez de la mañana, y si además de las tropas que cubrian la circunferencia de París, se nos juntara una columna de diez mil hombres aguerridos para tomar la ofensiva, á la sazón pudiéramos hacer sufrir un gran revés á los aliados. Mas lejos de estar en aptitud de tomar la ofensiva, apenas teníamos con que defender nuestras posiciones. En tal estado de cosas, aguardando el príncipe de Schwarzenberg á que llegasen sus dos retrasadas alas, y hallándose reducidos nuestros dos mariscales á la defensiva, de una parte y otra se limitaba todo á cañoneo y á disparos de fusilería, bien que siempre con gran superioridad nuestra, gracias al celo de las tropas y á la ventaja del terreno.

A esta hora José celebraba consejo en el cerro de Montmartre, donde se habia establecido. Muchos oficiales enviados á los mariscales, le anunciaron de parte de estos, á la par que la promesa de hacerse matar con sus soldados hasta no quedar ni un solo hombre, los mas tristes presentimientos acerca del éxito de la jornada, y aun casi la certidumbre, de verse obligados á rendir la capital. Estas noticias agitaban sobremanera á José, el cual temia, no el peligro, sino las humillaciones, y que no queria ser prisionero de la coalicion á ningun precio. Ahora bien, los progresos del ataque le hacian recelar la contingencia de hallarse

en poder del enemigo dentro de algunas horas. Desde lo alto de Montmartre, se veía á las negras y compactas masas de Blucher cruzar la llanura de Saint-Denis, y varios oficiales llegados de los alrededores de Vincennes afirmaban que hacia el Este y el Sur se descubria un nuevo ejército que giraba en torno de París, con el objeto de penetrar en su recinto por las barreras de Charonne y del Trono. Asi cuanto se divisaba con los ojos y cuanto se sabia de boca de los yentes y vinientes, todo anunciaba una calástrofe inminente. José deliberó sobre el caso con los ministros de la Guerra y de Policía, con los directores de artillería y de ingenieros, y todos opinaron que habria que rendir á París dentro de algunas horas. Con efecto, reduciéndose la defensa á una batalla dada sobre una llanura y en proporcion de uno contra diez, no habia dudar acerca del desenlace, por grande que fuera el denuedo de nuestros soldados y de nuestros caudillos. Ante semejante certeza, determinó José alejarse. Noticioso á consecuencia de los reconocimientos practicados de que ya se descubrian cosacos por el camino de la Revolte y el linde del bosque de Boulogne, se apresuró á partir seguido de los ministros, segun se habia acordado para cuando llegara el instante supremo. Por toda instrucción autorizó á los mariscales para estipular un ajuste, cuando ya no pudieran defenderse, que afianzara la seguridad de París, y el mejor trato posible á sus moradores.

A todo esto, el ataque del enemigo habia hecho progresos inevitables. Al Norte, esto es, en la llanura de Saint-Denis, el mariscal Blucher habia atravesado la distancia que le separaba de nuestras

posiciones. De Aubervilliers y de Saint-Denis fueron repelidas nuestras débiles avanzadas por el general Langeron, que encaminó su caballería y su infantería ligeras por el camino de la Revolte, hasta el linde del bosque de Boulogne. Hacia la falda de Montmartre se adelantaba el grueso de su infantería, mientras tomando el cuerpo del general de York á su izquierda, se trasladaba á la Chapelle por el camino de Saint-Denis, y echando mas á la izquierda todavía los cuerpos de Kleist y de Woronzoff, marchaban sobre la Villette. Al ver el príncipe de Schwarzenberg á Blucher en línea, le pidió un refuerzo para ayudar al príncipe Eugenio de Wurtemberg á la toma de Pantin, de los Prados de San Gervasio, y en suma de todas las aldeas situadas á la falda de la meseta de Romainville. Entonces, la división prusiana de Kotzler, las Guardias prusiana y badesa fueron en auxilio del cuerpo de Rajeffsky, y pasaron el canal del Oureq, junto á la quinta de Rouvray para tomar parte en un nuevo ataque.

Mientras se ejecutaban estos movimientos al Norte, el príncipe real de Wurtemberg traspuso igualmente la distancia que le separaba al Sur del punto de acometida, y llevó su ayuda á las tropas aliadas. Despues de cruzar el puente de Neully-sur-Marne, y de dejar allí al cuerpo de Giulay á fin de tener guardada la espalda, avanzó en dos columnas, una siguiendo á lo largo del Marne, y otra, atravesando por el camino mas corto la selva de Vincennes. La primera tomó el puente de San Mauro, rodeó la selva, y asaltó á Charenton por la orilla derecha. Hallándose cogidos de revés los guardias nacionales de la comarca y los alum-

nos, de la escuela de Alfort, que defendian el puente de Charenton, se vieron obligados, no obstante su resistencia vigorosa, á ceder el puesto, y á tirar por medio del campo hácia la margen izquierda del Sena. Despues de cumplir esta columna enemiga su objeto, reducido á ocupar todos los puentes del Marne, para impedir que llegara ningun cuerpo auxiliar á perturbar el ataque de Paris, se empezó á tirotear con la Guardia nacional delante de la barrera de Bercy. La segunda columna del príncipe de Wurtemberg cruzó en línea recta el bosque de Vincennes, y prestó socorro al conde Pahlen, asi como á las tropas de Rajeffsky y de Paskewitch, que atacaban á Montreuil, á Bagnolet y á Charonne.

Ya en línea todas las tropas aliadas, volvió á comenzar la acción con mayor violencia. Hacia el Norte la división del príncipe Eugenio de Wurtemberg, con los granaderos rusos idos allí en su apoyo y con las tropas prusianas recién llegadas, se arrojó sobre Pantin y sobre los Prados de San Gervasio, bien que fué recibido arduosamente por las divisiones de Jóven Guardia de Boyer de Rebeval y de Michel, que tenia el general Compans bajo su mando. Por un momento, de ambas aldeas se apoderaron los enemigos, pero arrojándose nuestros jóvenes soldados á la falda de las alturas, donde encontraban el apoyo de una artillería bien apostada, cobraron alientos y así volvieron á entrar en las dos aldeas, donde la carnicería fué espantosa. De consiguiente, por este punto no vencieron los aliados, á pesar de lo muy fuerte de su ataque.

Sobre la meseta de Romainville fué igualmen-

te enérgica la defensa, aun cuando no tan venturosa. Sostenidas las tropas de los generales Helfresch y Mezenzoff por los granaderos de Paskevitch, al pronto fueron repelidas, y despues acabaron por ganar terreno. Habiendo logrado especialmente apoderarse de Montreuil y de Bagnolet, se establecieron en la vertiente del Sur de la meseta, y bien apoyadas por las tropas del conde de Pahlen y del príncipe real de Wurtemberg, que operaban entre Vincennes y Charonne, tambien conquistaron las primeras casas de Menilmontant. De esta suerte hallóse rebasada la division de reserva del duque de Pádua, que formaba la derecha de Marmont, y no tuvo mas arbitrio que replegarse y descubrir las divisiones de Lagrange y de Ricard, que ocupaban el centro de la meseta. Sobre la izquierda de Marmont, acometida vivamente de árbol en árbol la division de Ledru des Essarts, igualmente veia que se le quitaba el bosque de Romainville poco á poco.

Viéndose apretado así Marmont por ambos flancos, ideó tentar un esfuerzo al centro contra la masa enemiga, que avanzaba muy cerrada, cubierta á su frente por una artillería numerosa, y apoyada á sus alas por fuertes destacamentos de gruesa caballería. Al frente de cuatro batallones formados en columna de ataque, se lanzó el mariscal sobre los granaderos rusos, que marchaban en primera línea. De muy cerca dispararon doce cañones á metralla sobre nuestros soldados, que sostuvieron este fuego con heroica firmeza y continuaron el avance. Mas á la par les atacaron de frente los granaderos rusos, y los ginetes de la Guardia, conducidos por Miloradowitch, les co-

gieron de flanco; y agobiados los cuatro batallones de Marmont por el número, se vieron forzados á replegarse, despues de batirse cuerpo á cuerpo con verdadera furia. Hacia Belleville se los llevaba el mariscal, é iba á sucumbir ya bajo el peso de los asaltadores de todas armas, cuando, un valiente oficial, llamado Ghesseler, emboscado en un parquecillo denominado de Bruyéres, y del cual hoy no queda mas que la memoria, se arrojó á la cabeza de doscientos hombres sobre el flanco de la columna enemiga, y desembarazando al mariscal, le facilitó la retirada á Belleville. Entonces mismo quedó el bosque de Romainville definitivamente abandonado, y estando evacuada la meseta por todas partes, la defensa hallóse trasladada al centro sobre Belleville, á la derecha, ó respaldo del Sur, hacia Menilmontant, recien ocupado por la division de Pádua, y, finalmente, á la izquierda, ó respaldo del Norte, á la cuesta de Beauregard, donde la division de Ledru des Essarts habia encontrado un asilo. A su falda, las divisiones de Boyer y de Michel peleaban obstinadamente, y despues de perder á Pantin, aun defendian con el mayor teson los Prados de San Gervasio.

Donde quiera se encarnizaba el combate, y los hombres caian á miles, de los aliados especialmente, por recibir de todas partes el fuego de alto á bajo. Kleist y Woronzoff atacaron en la llanura de Saint-Denis á la Villette, defendida por la division de Curial; York embestia á la Chapelle, defendida por la division de Christiani, á la vista del mariscal Mortier. Delante de Clignancourt, los escuadrones de Blucher se las habian con la caballería del general Belliard, y muy rara vez con ventaja.

Así desde la llanura de Saint-Denis hasta la barrera del Trono proseguía el combate con varia fortuna. Nuestra línea había retrocedido, pero ya los aliados llevaban perdidos diez mil hombres, y nosotros cinco ó seis mil tan solo. Nuestros extenuados soldados se mantenían al considerar que París estaba detrás de ellos, y veinte y cuatro mil hombres luchaban en contra de ciento setenta mil sin gran desventaja. Un instante anuncióse la llegada de Napoleón, al asomar el general Dejean de improviso, y propagado por una especie de conmoción eléctrica el grito de *viva el emperador* resonó en nuestras filas. Reanimadas por la esperanza nuestras tropas, se arrojaron furiosas sobre el enemigo. Por ambas partes se peleaba como con rabia, pues para unos, se trataba de llegar de un solo golpe al fin de la guerra, y para otros de salvar á su patria de un desastre.

A la sazón tenía lugar en Vincennes un hecho por siempre glorioso para la juventud francesa. Delante de la barrera del Trono, se hallaba una batería servida por veteranos y por alumnos de la Escuela politecnica, y casi dejada sin apoyo por Marmont, á quien ocupaba exclusivamente lo acontecido sobre la meseta de Romainville. Habiéndose empeñado esta batería muy adelante en dirección de Vincennes, á fin de disparar contra la caballería de Pahlen, la rebasaron algunos escuadrones, que, tras de pasar por Saint-Mandé, le cayeron encima á la espalda. Acuchillados los bravos alumnos de la escuela junto á sus cañones, se defendieron denodadamente, y por fortuna llegaron en su auxilio la Guardia nacional apostada en la barrera del Trono, y un destacamento de dra-

gonos. Arrojándose estos sobre las piezas, consiguieron recuperarlas. A las alturas de Charonne se trajo la batería, y ayudados nuestros bizarros jóvenes allí por una multitud de hombres del pueblo, armados de escopetas, sin cesar continuaron un mortífero fuego.

Toda la llave de la posición estaba en Belleville: mientras no se tomara este punto culminante de la cadena de cumbres, la masa enemiga que peleaba al Norte, delante de la Villete, la Chapelle y Montmartre, y la que lidiaba al Sur entre Vincennes y Charonne, no podían hacer progresos de nota. Hacia su centro se hallaba como detenida la línea curva de los aliados, en el punto fijo de Belleville. Con efecto, hasta la meseta se ve desde allí dominada. Cercas numerosas, unidas á las ventajas de la posición, hacían más fácil la resistencia. Situado Marmont en tal paraje con las reliquias de las divisiones de Lagrange, de Ricard, de Pádua, de Ledru des Essarts, disponiendo además de una numerosa artillería de campaña, se mantenía firme contra una muchedumbre de asaltadores, y al mensaje de José que autorizaba á los mariscales para venir á tratos, respondió que hasta entonces no se veía forzado á rendirse. No encontró ya á José el oficial portador de esta respuesta, y se hubo de volver al lado del mariscal, sin cumplir su encargo.

Con todo, se aproximaba la fatal hora. No queriendo el príncipe de Schwarzenberg que terminase la jornada sin señorear el punto decisivo, mandó que se pusieran en movimiento dos columnas, una hacia el Sur y que pasando por entre el cementerio del padre Lachaise y Menilmontant, se

apoderara del bulevar exterior y separara á Belleville del recinto de París de este modo; y otra hácia el Norte, cuya tarea se cifrara en ganar á cualquiera costa los Prados de San Gervasio, la pequeña Villette, el cerro de Saint-Chaumont, y que por el Norte alargara despues la mano á la columna avanzada por el Sur en los términos que se ha dicho.

En este momento, vencer ó morir era la ley de los aliados, y les convenia forzar los obstáculos todos sin la menor pérdida de tiempo, á causa de que Napoleon podia asomar á cada instante, y si les viera rechazados de París, les castigara cruelmente de haberse atrevido á llegar delante de sus muros. A eso de las tres de la tarde volvió á comenzar la accion violentamente. Paixhans, comandante de artillería, el cual probó en esta jornada cuánto se pudiera hacer con piezas de grueso calibre en posicion bien escogida, situó ocho mas arriba de Charonne sobre las pendientes de Menilmontant, cuatro al respaldo del Norte de Belleville y cuatro en el cerro de Chaumont. Cerca estaba de sus cañones cargados á metralla con sus artilleros, veteranos unos, y jóvenes de las escuelas otros, y esperaba que dueño el enemigo de la llanura probara á acometer las cumbres. Efectivamente, los granaderos rusos avanzan unos al Sur de la meseta por Charonne, otros hácia la propia meseta en frente de Belleville, y otros al Norte por entre los Prados de San Gervasio. De pronto son cubiertos de metralla, y vienen al suelo por filas enteras. No obstante, sustentan el fuego con constancia, trepan al Sur las pendientes de Menilmontant, y por el bulevar exterior llegan á coger de

espalda á Belleville, donde el mariscal Marmont se defiende con encarnizamiento. Atacando la otra division de granaderos, compuesta de prusianos y de badeses, á Pantin, los Prados de San Gervasio y la pequeña Villette, se las arrebató á las divisiones de Boyer y de Michel casi destruidas, sube al cerro de Saint-Chaumont por entre el fuego de alto á bajo del comandante Paixhans, lo toma á causa de no haber infantería que lo defienda por la escasez de tropas, y se junta á la columna que llega del respaldo del Sur por Charonne y Menilmontant. Habiendo ganado el bulevar exterior por sus dos pendientes Norte y Sur los enemigos, se hallan así entre Belleville y la barrera de este nombre, y próximos á posesionarse de una y otra.

Al saberlo el mariscal Marmont, firme en Belleville de continuo, viéndose cortado del recinto de París, junta á cuantos hombres le quedan todavía, y teniendo al lado á los generales Pelleport y Meynadier y al coronel Fabvier, cae espada en mano sobre los granaderos rusos en el instante de empezar á meterse por la calle mayor del arrabal del Temple; los rechaza, cierra la barrera tras ellos, y restablece la defensa en la tapia de la administracion de los derechos de puertas.

Mortier, por su parte, lidia heroicamente en la llanura de Saint-Denis, entre la Villette y la Chapelle. A su derecha, el primero de estos dos puntos, sustentado contra Kleist y de York por las divisiones de Curial y de Charpentier, es al fin invadido por una oleada de enemigos. Al verlo Mortier, que ocupaba la Chapelle con la division de la Vieja Guardia de Chistiani, toma parte de ella, y declinando de izquierda á derecha sobre la Villette,